

Comentarios a la conferencia “Identidad sexual y creatividad”

Carlos Rasquin

Sociedad Psicoanalítica de Caracas

Los trabajos de la Dra. Joyce McDougall nos enseñan que la creatividad se recrea en afanes y conflictos que conectan con escenarios pregenitales y edípicos. Creo que esto es un hecho de fácil comprobación personal, con sólo detenernos a contemplar las angustias, terrores e ilusiones que nos recorren cada vez que tenemos que crear un trabajo psicoanalítico, ya sea breve o extenso, pero sobre todo, si es para comentar una conferencia de Joyce McDougall.

El interesantísimo trabajo que me corresponde comentar ofrece una variedad de aportes y ángulos de abordaje, por lo cual sólo me referiré a algunos de ellos. La primera idea que deseo resaltar es la advertencia que nos hace la autora de no aplicar formulaciones definidas al problema de la homosexualidad, sino permitir el desarrollo de la dramática específica de cada caso, que enseña tanto al analizado como al analista, la raíz y el sentido de tal posición y enfoque sexual y amoroso.

La Dra. McDougall nos presenta el caso de una paciente, quien en un momento avanzado del análisis, despliega una rica actividad creativa, destacándose como novelista; todo esto, después de un proceso de mayor definición y asunción de una identidad sexual, entre otras cosas. Así, nos propone que la organización y establecimiento de la identidad sexual, permite el despliegue sublimatorio, que en el caso de Mía se expresa en un producto literario que logra recoger su biografía (Borges dice que todas las novelas son, de algún modo, autobiográficas), de una forma más abierta y comprensible para ella o para un interlocutor, y por lo tanto, menos traumática. En síntesis, el desarrollo de la identidad sexual, promueve una más fecunda creatividad. Pero la novela es un capítulo avanzado de la historia de Mía.

Quisiera destacar otro ángulo: para conquistar una posición de identidad sexual se desarrolla previamente un siempre largo, complejo y accidentado recorrido, que también podemos considerar como un proceso de creatividad, en la medida en que el sujeto tiene que lidiar con “materiales”, sentimientos, influencias y, al final, la necesidad de generar un resultado que lo resuma ante sí mismo y lo exprese ante los demás. Así, trabaja con pulsiones, referencias anatómicas propias y ajenas, deseos, mandatos o propuestas explícitas o subliminales. Como un artista, se trabaja para integrar esa complejidad, en y una posición, que es una particular propuesta de estructuración de sí mismo y de articulación hacia el otro.

El caso de Mía tiene una patética circunstancia que hace una coincidencia con un gran artista. Me refiero a Vincent Van Gogh. Como quizás muchos saben, Vincent también nació un año después de la muerte de un hermanito recién nacido, y su vida parece haber quedado invadida por la sombra de otro no resignado, que dejó su existencia en entredicho y lo llevó a desarrollar una extraordinaria lucha para tratar de conquistar un sentido de identidad (sin lograrlo), pero que le condujo a desarrollar una obra cargada de tal deseo de existencia, que difícilmente existan cuadros que el público logre identificar tan instantáneamente a su autor, como lo son los intensos y originales cuadros de Vincent Van Gogh.

También quiero comentar un momento del análisis de Mía que considero muy penetrante y de un gran potencial transformador. Me refiero a lo que llamó “el análisis a los padres”, distinto al “análisis de los padres”, en tanto la relación con ellos y los efectos de esa relación. Encuentro que en momentos avanzados de un proceso analítico, cuando el paciente ya ha ido adquiriendo la capacidad de ver su historia y su estado personal como el resultando de circunstancias que crean reacciones y fantasías, más o menos justificadas, más o menos distorsionadas, entonces, el analizando está en condiciones de practicar esa experiencia, colocando a sus padres en una suerte de diván, deteniéndose a articular sus vicisitudes con sus conductas como personas y como padres. Acá quiero citar a Joyce quien expresa esta idea con convincente claridad: “Cuando el analizando es capaz –y está dispuesto– a entender los avatares del mundo interno de quien les haya ocasionado sentimientos de dolor profundo, se abre la posibilidad de captar el significado de la conducta de esa persona, por lo cual, el dolor del abandono, la crueldad inducida, la ausencia o la traición, se vuelven mas tolerables.

Encuentro que cuando un analizando logra este tipo de abordaje y comprensión de figuras significativas, se promueve una gran liberación, tanto de

sufrimiento, como de energía personal aplicada a esa suerte de juicio sin salida. Creo que esta experiencia es un logro creativo; el psicoanálisis logró desarrollar una capacidad de crear una nueva visión de las cosas y, por lo tanto, unos nuevos personajes. ¿No es esto creatividad de la mejor estirpe, de la misma que usan los novelistas para desplegar sus formidables historias? Por eso Joyce nos plantea: "...que la experiencia clínica ha demostrado que frecuentemente se libera la capacidad creativa que permanecía paralizada, cuando el analizado le saca sentido a la conducta nociva del otro, particularmente en el caso de una figura paterna ..."

Pero, ¿ por qué se lucha para desarrollar y conquistar una identidad? ¿Por qué no el abandono al objeto y la ilusión fusional con el mismo? Creo que la respuesta no es fácil. Largos párrafos de la literatura psicoanalítica se abocan a esta discusión. No parece que la necesidad de procurar una identidad sea una necesidad primaria. Parece más una reacción a los cada vez mayores obstáculos y frustraciones para mantenerse unido a la madre. El proyecto de identidad es producto del reconocimiento de la separación y una direccionalidad que alivia de la tentación al retorno simbiótico y sus inevitables descabros.

Pero la identidad no es un exclusivo proyecto del sujeto. Los padres también tienen su proyecto para el hijo y ese es uno de los puntos más interesantes del análisis de Mía, es decir, el proyecto que dramáticamente los padres le van entregando: "no deberías ser tú, debería estar el otro; deberías ser un varón; no dependas de un hombre; no confíes en un hombre".

Ciertamente Mía luchó por adquirir una identidad para la cual se procuró espacios, tareas, y relaciones, que la ayudaron a tal propósito. Aunque creo que no es muy fraccionable la identidad, se aprecia que las definiciones sexuales de Mía fueron las mas afectadas y comprometidas por el conflicto con los padres. Finalmente, pareciera que estas entidades no se completan o se diluyen del todo. Aunque un determinado sujeto logre un alto grado de separación e individuación, nunca desecha del todo la ilusión de la armonía primigenia del útero—paraíso perdido. Tampoco existe una total y original creación de una identidad, pues, en ese constructo se incorporan y mantienen amplias propuestas contenidas en el proyecto que ofrecen los padres. Quizás por esto nos vemos tan frecuentemente analizando en nuestros pacientes configuraciones que mantienen una curiosa vecindad entre estados de idílico paraíso y escenas de fracaso catastrófico. Parece que estamos hechos de esas arenas y esos lodos. Un cierto arte los puede llevar a convertirnos en frágiles pero definidas y útiles piezas de cerámica y no ser un plato roto o una rompedora de platos, como muchas veces se sintió Mía.

Joyce, en el “como si” del análisis, se ofreció como madre continente, pero también como madre respetuosa y liberadora. Al final, la reconocida novela de Mía tiene algo de nieta legítima de Joyce... y que más justa satisfacción para una gran escritora como ella.

Joyce, muchas gracias por estar con nosotros.

© Carlos Rasquin

Centro Clínico Profesional Caracas. Cons. 801

Avenida Panteón. Urb. San Bernardino

Caracas 1010, Venezuela

E-Mail: crasquin@telcel.net.ve